

sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, á cuyo son pudo encaminarse á toda priesa el socorro conducido por el mariscal Almagro, y reunirse al escuadron de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir, y esperaron á la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los indios al hallar con el dia doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenían en las manos, fueron grandes; pero no perdieron el ánimo, y aguardaron el ataque de los castellanos, que siendo ya entonces mas en número y peleando con mas ardor y confianza, fácilmente los desbarataron y ahuyentaron. Ganado así el campo, los vencedores acordaron aguardar allí el resto del ejército, que á largos pasos venia á juntarse con ellos.

Entretanto Pizarro despues de haber dado en Xauxa las disposiciones para la nueva poblacion que allí proyectaba, dejó por su teniente al tesorero Riquelme, para desembarazarse así de aquel hombre discolo y bullicioso. Al mismo tiempo envió un destacamento á la costa de Pachacamac para ver si podia fundarse otro pueblo en la marina, y pasó á Vilcas, punto central del imperio de los Incas, puesto á igual distancia entre Quito y Chile. Allí pudo admirar la magnificencia de aquellos monarcas: pues Vilcas con el Cuzco y Pachacamac, era uno de los tres sitios en que ellos á porfia se habian esmerado en prodigar su grandeza y poderío, así en el templo y adoratorios, como en los aposen-

tos reales y sitios de recreo que tenían construidos en aquel delicioso paraje. Desde allí pasó sin tropiezo ninguno á encontrar á su vanguardia que le esperaba: mas él que desde Caxamalca podia decirse que habia marchado con el decoro y gravedad que correspondian á un conquistador civilizado, pacificando pueblos, proyectando fundaciones, y absteniéndose de toda accion bárbara é indigna, llegado á Vilcaconga dió segunda prueba de cuan pocos respetos le merecian la humanidad y la justicia, cuando estaban encontradas con su seguridad ó su resentimiento. Los movimientos hostiles de los indios en los diferentes encuentros que se habian tenido con ellos, llevaban una apariencia de orden y de concierto, y mostraban que eran dirigidos por alguna cabeza capaz y ejercitada en el arte de la guerra. Sabíase en el campo español que al frente de aquella muchedumbre levantada estaba Quizquiz, uno de los generales mas hábiles de Atahualpa, y compañero de Chialiquichama en las guerras contra Huascar. Empezóse á susurrar si habia comunicaciones entre los dos capitanes, y aun se dijo que Chialiquichama habia enviado avisos á su amigo de que los castellanos se dividian, y como debian aprovechar aquella buena ocasion. Estas inteligencias no estaban suficientemente probadas para el rigor que se usó despues con el general prisionero. Pero el aprieto en que acababan de hallarse los sesenta caballos de Hernando de Soto, habia llenado el ánimo de los españoles de tanta ira como cuidado. Añadiase á esto la fama de haber vencido cinco batallas en favor de su rey,



la seguridad con que los indios decían, que si él se hallara con Atahualpa cuando el suceso de Caxamalca, no acontecieran las cosas de aquel modo; en fin, su misma capacidad reconocida tal vez por sus opresores en el largo trato que con él habían tenido. Temíanse, pues, las dificultades que iba á traer sobre los españoles si llegaba á cobrar su libertad; y aun se decía, que para proporcionársela venían sobre ellos una gran muchedumbre de enemigos. Todo esto era mas de lo que se necesitaba para aparecer culpable á los ojos del conquistador receloso, y Pizarro para no tenerle que temer, le hizo inmediatamente quemar. Así terminó la triste serie de injusticias cometidas con este guerrero, que probablemente debió su deplorable fin á su misma reputacion. Chialiquichiana desde la estaca en que fué puesto para ser quemado, podia triunfar de su verdugo echándole en cara su falta de fe, sus injusticias, y en fin su inhumanidad con un hombre que no le habia dado motivo ninguno justo para ella, confesando por este mismo hecho que valia mas que él <sup>1</sup>.

Dado semejante ejemplo de rigor, el ejército se puso al instante en marcha para el Cuzco. Todavía los indios antes de ver perdida su capital, quisieron probar fortuna en un paso estrecho que hace el valle de Xaquixaguama por una sierra que le ciñe al oriente. Allí esperaron la vanguardia castellana, que mandada por Alma-

<sup>1</sup> En esta suspension de ánimo, dice Herrera, acordó quitarle de delante, y luego le mandó quemar; aunque pareció á algunos cosa fuerte: pero los que siguen las razones de estado á todo cierran los ojos.

gro, Soto y Juan Pizarro, empezó á escaramuzar con ellos, y á embestirles y herirlos con las lanzas. Sosteníanse ellos con bastante firmeza, animados de su valor y protegidos del terreno, cuando Mango Inca, uno de los hijos de Huayna-Capac, que habia salido de la ciudad con buen número de los suyos á juntarse con los combatientes, desesperando de la fortuna de su patria se pasó á los españoles, y se presentó al gobernador, que le recibió con toda clase de honor y de agasajo. Entonces los indios desalentados y furiosos, dejado el combate, corrieron al Cuzco á quemar aquel emporio y esconder los tesoros que en él habia. Volaron á estorbarlo, por mandado del gobernador, Hernando de Soto y Juan Pizarro; pero no pudieron impedir que fuese casi enteramente saqueado el templo del Sol, escondidas sus riquezas, llevadas á otra parte las sagradas vírgenes que en él vivian, y puesto fuego en algunos puntos de la poblacion: con la misma prisa salieron de allí llevándose todos los jóvenes de uno y otro sexo, y no dejando mas que los viejos y los inútiles. En tal estado encontraron los españoles la capital del imperio, entrando Pizarro en ella á fines de noviembre de 1533, y tomando posesion con las formalidades acostumbradas á nombre del rey de Castilla <sup>1</sup>.

Apoderados á tan poca costa los españoles

<sup>1</sup> Esta fecha está autorizada con el testimonio del analista Montesinos. La que fija Herrera en octubre de 1534 es evidentemente equivocada: sobre las faltas de cronología cometidas por este escritor en la narracion de los sucesos de Pizarro, véase el apéndice número 7.



de aquella opulenta ciudad, su primer anhelo, despues de haber contenido el fuego que los indios encendieron, fué buscar las riquezas que allí se atesoraban. Muchas habian distraido y ocultado los indios, pero todavía quedaban muchas. Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestian; metiéronse á saco la fortaleza y los palacios; revolióse de arriba á bajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó despues el ansia á los sepulcros; y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habian enterrado. Lo que con mas anhelo se buscaba eran las sepulturas de Huayna-Capaz, Atahualpa y otros Incas, cuyas riquezas, exageradas por la fama, acrecentaban la impaciencia y los deseos. Preguntaban á los indios dónde estaban, y ellos ladinos y reservados, ó respondian con efugios, ó se negaban á responder. De aquí los insultos y las amenazas, despues los golpes, y al fin el tormento. Pero ni la arrogancia ni la crueldad pudieron arrancar nada, á unos porque lo ignoraban, á otros porque fueron mas fuertes que sus verdugos; y así aquellos venerables monumentos se salvaron para siempre de la rapacidad de los vencedores. El producto de este saqueo unido á los despojos habidos en el camino, y puesto todo en comun, segun la costumbre de aquella tropa, fué todavía mayor que el botin de Caxamalca. Pero ya eran muchos mas á partir, y por esa razon no les tocó á tanto. Dícese que sacado el quinto del rey, se hicieron de lo demas cuatrocientas ochenta partes, y que cu-

pieron á cada una cuatro mil pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente, en un solo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, que fué el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa: la pedrería se abandonaba á quien la queria tomar: por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata, viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino á henchirle de pronto, debieron conocer fácilmente que aquel tesoro anhelado les servia mas de carga y pesadumbre que de satisfaccion y provecho.

No por atender á estos cuidados, propiamente del capitán y del aventurero, se olvidaba Pizarro de las obligaciones políticas y religiosas que le prescribía su oficio de gobernador. Dió al instante á la ciudad la forma de policía castellana, estableció ayuntamiento, nombró alcaldes; y derribados y destruidos los ídolos del país, señaló el lugar en que debía erigirse templo donde se predicase el Evangelio y se celebrasen dignamente los oficios divinos. Pero en medio de la fácil prosperidad con que se sucedian estos acontecimientos, vino á acibarar su alegría la nueva del armamento que se preparaba en Guatemala para venir al Perú, y la sospecha amarga de que los mismos españoles eran los que venian á poner en contingencia lo que ya tenia en su poder.

Estaba entonces de Adelantado y gobernador en Guatemala aquel Pedro de Alvarado, uno de los principales conquistadores de Nueva Es-



paña, y quizá de todos sus compañeros el más querido de Hernan Cortés. Muy pocos podían disputarle la palma del valor y del esfuerzo, ninguno el de la gentileza y bizarría. Los indios mejicanos le llamaban Tonatio, comparándole así por su hermosura con el sol, y entre los españoles era el que se llevaba la gala del dinaire y apostura. Su trato y sus modales correspondían al atractivo que tenía su persona: hablaba á la verdad con algun exceso, pero sus palabras eran blandas y graciosas, su agasajo grande, sus lisonjas dulces, daba mucho, prometía mas. El corazón por desgracia no era semejante á esta apariencia seductora: vano, ingrato y aun falso, los españoles no podían sufrir su arrogancia, ni los indios sus vejaciones. La edad y los negocios fueron mostrando en él estos vicios, que al principio no se descubrían. Había allanado y pacificado la provincia de Guatemala, á donde le envió Cortés, acabada la guerra de la capital; y célebre y poderoso con el nombre y las riquezas que había granjeado en aquella conquista, vino á la corte en el año de 527 á hacer ostentacion de sus servicios, y demandar el galardón que se les debía. La buena fortuna que había tenido en las Indias le acompañó tambien en España. Su buena gracia, quizá tambien sus presentes, le conciliaron el favor del comendador Cobos, secretario del emperador, y así cuando volvió á Nueva España, se presentó condecorado con el hábito de Santiago, hecho adelantado y capitán general de Guatemala, casado con una dama principal que se hizo célebre por la idolatría con que le amó,

y seguido de muchedumbre de caballeros y hombres distinguidos, que llevaban colgadas sus esperanzas en su favor y en su fortuna. De aquí una vanidad y uua arrogancia que no cabían en los ámbitos de aquel nuevo mundo. Sus pretensiones eran altas, sus proyectos magníficos, y sus preparativos y armamentos eclipsaban en ostentacion y en grandeza á los mismos de Hernan Cortés.

Había prometido en España aprestar una armada para hacer descubrimientos en el mar del Sur y abrir nuevos rumbos en la navegacion de las islas de la Especería, proyecto á la sazón muy del gusto de la corte. Y con efecto, luego que llegó á su provincia por los años de 1530, empezó á buscar los medios de realizar aquella oferta con todo el calor que correspondía á su palabra empeñada, á las esperanzas de la corte, y á su vanidad y ambicion, ya exaltadas á lo sumo. No hubo gasto, ni empeño, ni vejacion que le detuviera para llevar su intento adelante; y en menos tiempo del que pudiera creerse, tuvo prestas ocho velas de diferentes tamaños: entre ellas un galeon de trescientas toneladas, que comparado con los demás buques que entonces se veían en aquellos mares, debía parecer colosal, y por lo mismo fué llamado el San Cristóbal. Las prevenciones de armas, caballos, bastimentos y demás efectos de guerra fueron correspondientes á la importancia de este armamento, el mayor que hasta entonces se había construido y aportado en los puertos de las Indias. Ni era menor la porfia y ansia de gente de todas clases y oficios, para ser ocupada en él. El



gran Cortés, ya marqués del Valle, quiso entrar á la parte de la empresa; pero Alvarado se negó resueltamente á ello, y el que ya en España le habia desdeñado por pariente, no quiso tampoco en las Indias tenerle por compañero <sup>1</sup>.

Iban ya á completarse los preparativos, cuando empezó á esparcirse por la América la fama de las riquezas del Perú. Entonces el Adelantado viéndose dueño de unas fuerzas tan superiores, que con ellas podía, á su parecer, dar la ley en todas partes, mudó de miras y de propósito, y abandonando los descubrimientos inciertos del mar del Mediodía, publicó decididamente su jornada para el Perú. A esta declaración fué mayor la porfía de los aventureros que volaban á tomar parte en las ricas esperanzas que pregonaba. En vano los oficiales reales se oponian al intento, ponderando los inconvenientes que iban á seguirse de tan injusta demanda, contraria á las órdenes expresas del gobierno, y á las obligaciones que tenia contraídas con él; en vano la audiencia de Méjico le enviaba órdenes sobre órdenes para que se abstuviese de ir á perturbar á los descubridores del Perú en sus conquistas y pacificación; en vano en fin la ciudad de Guatemala le representaba el desamparo en que quedaba aquella provincia sin armas, sin soldados y sin él, abandonada á la

<sup>1</sup> Habíase comprometido Alvarado á casarse con Cécilia Vazquez, prima hermana de Cortés. Pero luego que vino á España y se vió con el favor del secretario Cobos, olvidó la promesa hecha á su general, y tomó por esposa á Doña Beatriz de la Cueva, dama que le propuso su protector.

merced de las tribus belicosas que de dentro y fuera la amenazaban. Sordo á todas estas reclamaciones y avisos, seguia sin detenerse poniendo á punto su armamento. A los oficiales respondia que su comision para la mar del Sur no le señalaba rumbo ni limite alguno, y podia ir á donde mejor le conviniese: á la audiencia, que Don Francisco Pizarro no tenia fuerzas suficientes para acabar la empresa que habia comenzado, y él iba á ayudarle con las suyas: al ayuntamiento de Guatemala, que para la seguridad de su provincia ya llevaba consigo los principales caciques y señores que con aquel fin tenia presos; y por último á los que podia hablar con mas franqueza y desahogo, que se iba á buscar otras tierras mas ricas y mayores, porque Guatemala era poco para él.

En esto llegó del Perú el piloto Juan Fernandez que se habia hallado en los acontecimientos de Caxamalca, y dió al Adelantado larga noticia de los enormes tesoros que allí se habian repartido, del viaje de Pizarro con el ejército por las sierras hácia el Cuzco, y de que el Quito, donde estaban los tesoros de Huayna-Capac y de Atabualpa, caía fuera de los límites señalados á aquel gobernador, y estaba aun por ocupar. Esto fué poner espuelas al deseo del Adelantado, que tomando en su servicio á aquel piloto, al instante se hizo á la vela con su armada, compuesta de doce buques de todos tamaños, en que se embarcaron quinientos soldados bien armados, doscientos veinte y siete caballos y una infinidad de indios, algunos en rehenes, otros como auxiliares, y los mas de ser-



vicio. Esto era expresamente contra las ordenanzas que prohibian semejantes traslaciones de naturales; pero al Adelantado entonces no contenian ni el respeto, ni la conveniencia, ni las leyes. Iban con él muchos caballeros y personas distinguidas, principalmente de aquellos que habian pasado con él desde España á probar fortuna en las Indias. Distinguiáanse entre ellos sus dos hermanos Gomez y Diego de Alvarado, Juan de Rada, que fué quien tanto se señaló despues en las tragedias sangrientas que se siguieron, y Garcilaso de la Vega, padre del historiador. Mas de doscientos hombres quedaron sin embarcar por falta de navios. Llegado al puerto de la Posesion, le vino á encontrar allí el capitan Garcia Holguin, á quien de antemano habia enviado para que fuese á la costa del Perú, y le trajese completa informacion del estado de las cosas. Holguin confirmó las noticias que habia dado Juan Fernandez. La armada volvió á hacerse á la vela, y de paso entró en el puerto de Nicaragua, y allí el Adelantado para suplir la falta de buques, se apoderó á la fuerza de dos navios que se hallaban en el puerto. Tenialos apercebidos el capitan Gabriel de Rojas, antiguo amigo de Pizarro, para llevar doscientos soldados á aquel gobernador, que le enviaba á llamar con ahinco para que le acompañase y fuese á participar de su fortuna. Ni los respetos de Rojas, que sin duda merecia muchos, ni sus reclamaciones, fueron bastantes para excusarle aquel desabrimiento; y él no tuvo otro recurso que ponerse en camino al instante con unos pocos españoles

23 de  
Enero de  
1554

que le siguieron á buscar á su amigo en el Perú, y darle cuenta del indigno despojo y violencia usada con él.

Alvarado prosiguió su viaje, llegó á los Carraques, cerca de Puerto Viejo, y allí desembarcó su tropa. Dicese que en aquel punto, y aun antes de llegar á él, dió muestras de querer pasar adelante costeano, y no empezar sus descubrimientos hasta la otra parte de Cbincha, <sup>Marzo de</sup> donde él sabia que se acababa la gobernacion <sup>1534</sup> de Don Francisco Pizarro. Mas ya se hiciese esto con cautela y para salvar las apariencias, ya se hiciese de buena fe, el ejército, cansado ya de navegar y no soñando mas que las grandezas y la opulencia que en el Quito se prometia, pidió á voces á su general que le condujese allá, y la marcha se dirigió al Quito.

No tardaron mucho tiempo en arrepentirse. Los primeros dias, á la verdad, le salió todo segun su deseo, y en algunos pueblos de indios que encontraron al paso, pudieron adquirir alguna riqueza, bastante por ventura á contentar ánimos menos enfermos de ambicion y de codicia. Pero cuando se vieron despues enredados en aquellos desiertos inmensos, sin guia ni intérprete alguno, no hallando mas que sierras, ciénagas ó rios, y la parte mas llana erizada de malezas y espesuras, por donde solo podian abrirse paso á fuerza de hierro y de fatiga; cuando enflaquecidos con el hambre, abrasados de sed, fueron también acometidos de calenturas que les quitaban la vida al dia siguiente de sentir las, ó los dejaba sin seso y sin acuerdo por muchos dias, debieron maldecir la hora y



la ocasion en que su mal deseo los trajo á agornizar y perecer en tan horrible pais. El mismo general atacado de ellas estuvo diez dias luchando con el peligro, y pudo á fuerza de cuidado escapar con la vida. Salieron despues á parajes menos ásperos, donde encontraron algunas tribus y rancherías de indios, divididas y dispersas, sin relacion ni noticia alguna entre sí, diversas en lengua y costumbres, y diversas tambien en ritos, si ritos tenian. Algun oro hallaron y ese recogieron; pero al cabo de cinco meses que así andaban, la tierra, el clima y el cielo volvieron á encruelcerse de pronto, y á dar con un rigor implacable nuevo castigo á su temeridad. Volvió á cerrarse el pais, tuvieron que vencer rios caudalosos, y dieron por último con unas sierras nevadas que les era forzoso atravesar. Iba el ejército en tres cuerpos: la vanguardia que llevaba delante Diego de Alvarado para reconocer, detrás el Adelantado con el segundo, y en fin el grueso del campo con el bagaje al cargo del licenciado Caldera, un letrado que tenia todo el aprecio y confianza del general. Cuando empezaron á internarse por las sierras venteaba reciamente, y la nieve caia á copos grandes y espesos. Los primeros castellanos que iban con Diego de Alvarado, como iban mas expeditos y ligeros, pudieron, aunque con inmensa fatiga, atravesar las seis leguas que tenian los puertos, y llegaron á un pueblo situado en los llanos, donde pudieron repararse algun tanto del trabajo del camino. Desde allí Diego de Alvarado envió á advertir á su hermano el general de los peligros que tenia aquel pa-

so, y de la necesidad que habia de atravesarle para llegar al buen paraje en que ya se encontraba la vanguardia. Recibido este aviso, y no pudiendo excusar el peligro y rigor del tránsito, el Adelantado prosiguió su marcha. Continuaba la ventisca y su furor se acrecentaba: la mortandad de la gente, que ya antes era considerable por las descomodidades y fatigas pasadas, se empezó á hacer mayor con aquel frio cruel. Los españoles al fin mas robustos, mas bien vestidos, y habituados á la variedad de temperamentos, podian resistir mejor; pero los miserables indios, desnudos de abrigo, faltos de vigor, nacidos y acostumbrados al clima apacible y templado de Guatemala y Nicaragua, podian defenderse menos del rigor del temporal, y cual perdiendo la vista, cual los dedos, cual las manos y los pies, cual quedandose enteramente helado, todos en fin horriblemente padecian. Arrimábanse á los peñascos, llamaban á sus amos para que los socorriesen, durando aquellos clamores lastimeros hasta que se les helaba la voz, y se les helaba la vida. Cogiólos la noche así, y el tormento y el desmayo fueron mayores, porque, á excepcion de algunas pocas tiendas que los mas acomodados y ricos tendieron para su abrigo, los demas tuvieron que pasarla sin fuego, sin defensa, no oyéndose mas que alaridos, lástimas ó maldiciones. Oíalos congojosamente el Adelantado, y ya pesaroso de la temeraria empresa que su ambicion le habia hecho intentar, temblaba de que llegase el dia, por no ver el triste estrago que su imaginacion le presentaba. Vino la luz, y al



aspecto de la muchedumbre de indios y negros que amanecieron helados, todos sin orden ni consejo, como gente rota en batalla, se volvian ciegamente al lugar de donde habian salido. Entonces Alvarado desalentado y confuso, viendo en este rumbo su perdicion, corria de unos á otros, diciéndoles que el pasar aquella sierra era forzoso; que el mismo frio habian de sufrir marchando adelante que volviéndose atrás; que no fuesen pusilánimes, y avanzasen hasta donde los esperaba la vanguardia. Para darles mas aliento, hizo pregonar que los que quisiesen oro, lo tomasen de las cargas públicas, con tal que se obligasen á pagar su quinto al Rey; pero los que habian arrojado ya los metales preciosos que llevaban para quedar mas expeditos, se mofaban del pregon, y estaban bien agenos de aprovecharse de aquella oferta, tan forzada como inoportuna<sup>1</sup>. Ya en esto era llegada la retaguardia con Caldera, que no habia sufrido menores trabajos en su tránsito. Todos en fin mas animados unos con otros, volvieron á tomar el camino que primero, y buscaron la salida de las sierras. Pero el dia era mas áspero que el pasado, y por consiguiente la agonía y los desastres tambien mayores. Llegó ya el frio á entorpecer los caballos: ya los españoles morian. Un soldado robusto se bajó á apretar las cinchas de su yegua, y ella y él quedaron helados. Gomez el ensayador murió con su caballo, embarazados uno y otro con el peso de las muchas

<sup>1</sup> Castellano hubo á quien presentándole su negro una carga de oro, *anda en mal bora*, le dijo; *el verdadero oro es comer.*

esmeraldas que habia recogido, y que su codicia no le consintió arrojar. Este, en fin, pagó la pena de su locura; pero la piedad de Huelmo merecia otro destino: ya bastante adelantado oyó los gritos de su muger y dos hijas doncellas que llevaba, y acudiendo á su socorro, quiso mas bien que salvarse quedarse en su compañía y perecer con ellas, como en efecto pereció. Entretanto la nieve y el viento arreciaban cada vez mas: el que se distraía ó se paraba era perdido, el que mas andaba libraba mejor, todo se arrojaba para quedar mas libres, oro, armas, ropa, preseas, quedaban esparcidas por la nieve. Lo que habia costado tantos sacrificios, y aun por ventura delitos; aquello por lo que se habian aventurado á los peligros y fatigas de aquel temerario viaje, se despreciaba y se aborrecia como cosa vil y aun perniciosa. Tan imperiosas influyen sobre el hombre la ocasion y necesidad del momento. Flacos en fin, abatidos, y casi difuntos, pudieron salir de aquellas nieves, y llegaron al pueblo de Pasipe, cerca de Riobamba, dejándose en el camino muertos ochenta y cinco castellanos, seis mugeres españolas, muchos negros, dos mil indios, el resto casi todo fuera de servicio, sin los caballos muertos, las armas arrojadas, los tesoros abandonados. Pérdida inmensa, de que solo podian consolar las esperanzas de encontrarse con un pais rico y desembarazado. Pero estas esperanzas se desvanecieron bien pronto: porque apenas se habian reparado algun tanto, y puesto otra vez en marcha, cuando al llegar al camino grande de los Incas que atravesaba el pais, las